

»Tenemos inmensos territorios incultos que roturar, caminos que construir, puertos que abrir, ríos que hacer navegables, canales que terminar, y hemos de completar nuestra red de ferrocarriles. Delante de Marsella tenemos un vasto reino que ha de ser asimilado á Francia; hemos de aproximar nuestros grandes puertos del Oeste al continente americano, mediante la rapidez de esas comunicaciones de que todavía carecemos; en fin, en todas partes se nos ofrecen ruinas que reedificar, falsos dioses que destruir, verdades que hacer triunfar.

»Así comprendería yo el Imperio, si es que el Imperio ha de restablecerse; tales son las conquistas que medito, y vosotros, todos los que me escucháis, todos los que queréis como yo el bien de nuestra nación, sois mis soldados.»

Era imposible expresarse mejor, y en adelante quedaba agotado todo el interés del viaje. El día 10 de octubre, el telégrafo transmitió á París la arenga presidencial, el *discurso de Burdeos*, como se le denominó en seguida, produciéndose entonces una emoción no artificial ó provocada, sino sincera y profunda, tan digno, conciliador y leal parecía aquel lenguaje. Muchos, aun entre los más malévolos, se reprochaban su hostilidad como una injusticia y se preguntaban, en medio de la ansiedad de su conciencia, si convenía seguir poniendo mala cara á un reinado que se anunciaba bajo tan buenos auspicios. En cuanto á la República, ¿quién podía pensar ya en ella, dadas estas nuevas coyunturas? A lo sumo se le otorgaba el honor de una última mención desdeñosa y burlona, y los más liberales decían: «Vemos friamente su muerte; su fallecimiento no nos contrista; su vida nos ha afligido.» En el entretanto, la autoridad pública, secundada por el celo privado, preparaba al presidente, para cuando regresara, un recibimiento digno de él. Y el momento del regreso se acercaba: Luis Napoleón visitaba rápidamente Angulema, Rochefort, La Rochela y Tours; hacía un último alto en Amboise, y para impresionar á la opinión con un nuevo acto ruidoso, anunciaba desde allí al prisionero Abd-el-Kader que se le daba la libertad. El 16 de octubre, á las dos de la tarde, llegó á París.

En la capital fué recibido con todas las pompas oficiales; todos los cuerpos constituidos habían acudido á la estación de Orleáns para saludarle; los estampidos del cañón se mezclaban con el repique de las campanas, y los acentos de las músicas militares alternaban con las armonías de las cantatas. En la plaza de la Bastilla, el presidente del Consejo municipal, Sr. Delangle, le dió la bienvenida: «La voz del pueblo, dijo, pide que vuestro poder se afirme, á fin de que la estabilidad del presente sea la garantía del porvenir.» Iguales deseos expresó el prefecto del Sena. En la larga línea de los bulevares, los teatros, los edificios públicos y hasta algunas tiendas se habían adornado con arcos de triunfo, en uno de los cuales se leían esos versos de Virgilio:

*Dii patrii indignetes...
Hunc saltem everso juvenem succurrere sacro
Ne prohibete.*

Pero más aún que los versos del poeta daban á la fiesta su verdadera significación los gritos repetidos en la multitud. En medio de este aparato fué llevado Luis Napoleón hasta el palacio de las Tullerías; pero por la

noche, fatigado por tantos homenajes y ansioso de recogimiento y de descanso, se sustrajo á todas esas ovaciones y se marchó al palacio de Saint-Cloud.

III

Al día siguiente de esta famosa jornada, se leía en el *Monitor*: «La brillante manifestación que en toda Francia se hace en pro del restablecimiento del Imperio impone al presidente el deber de consultar al Senado.»

Reunióse éste el 4 de noviembre. Todo había sido combinado á fin de abreviar los procedimientos, y para evitar cualquier retraso ó torpeza, habíanse repartido los papeles de antemano. Así que empezó la legislatura extraordinaria, diez senadores, escogidos entre los más respetables, presentaron un proyecto que modificaba la Constitución y absorbía decididamente la República en el Imperio, el cual proyecto fué comunicado al gobierno por el ministro de Estado y por él devuelto al Luxemburgo media hora después. «El gobierno, declaró el ministro, no se opone á que el proyecto sea tomado en consideración (1);» y en vista de esta respuesta, que ya se preveía, se nombró la comisión correspondiente. El Sr. Troplong, á quien se confió la ponencia, no se hizo esperar; como su trabajo estaba ya esbozado si no terminado por completo anticipadamente, el día 6 de noviembre lo leyó en el Senado.

Era una obra larga, llena de erudición, escrita en estilo pomposo y con ideas que tendían á la profundidad. Comenzaba naturalmente insistiendo «en la inmensa petición de todo un pueblo que había acudido á saludar á su libertador, en aquel plebiscito anticipado, salido del corazón de millones de agricultores y de obreros, de industriales y comerciantes...» «Después de las grandes conmociones políticas, seguía diciendo el ponente, sucede siempre que los pueblos se arrojan gozosos en los brazos del hombre fuerte que la Providencia les envía: el cansancio de las guerras civiles creó la monarquía del vencedor de Actium; el horror de los excesos revolucionarios, tanto como la gloria de Marengo, elevó el trono imperial. En medio de los peligros de la patria, este hombre fuerte ha reaparecido el 10 de diciembre de 1848 y el 2 de diciembre de 1852, y la Francia le ha confiado su bandera, próxima á perecer.» Después de esta corta teoría del cesarismo, el Sr. Troplong ofrecía á los republicanos consuelos que éstos, en verdad, no esperaban: «La monarquía imperial, decía, tiene todas las ventajas de la República y ninguno de sus peligros. A los demás regímenes monárquicos se les ha acusado de haber puesto el trono demasiado lejos del pueblo...; pero el Imperio, más fuerte que la República en el terreno democrático, ha sido el gobierno más energicamente sostenido y más vivamente añorado por el pueblo. El pueblo, sobre todo, es quien lo ha hecho revivir en su memoria para oponerlo á los sueños de los ideólogos y á los experimentos de los perturbadores.» El Sr. Troplong, completamente satisfecho de su argumento, vuelve á utilizarlo con complacencia cada vez más acentuada: «He aquí por qué, añadía, la monarquía napoleónica absorbió una primera vez y ha de absorber una segunda á la República. La República está virtual-

(1) *Procès-verbaux du Sénat*, 1852, tomo II, págs. 20-22.

mente en el Imperio, á causa del carácter contractual de la institución y de la delegación expresa del poder por el pueblo.» Después de esta sutil apología el ponente se extendía en largas consideraciones sobre «la idolatría de la igualdad,» sobre «los sueños de los incorregibles innovadores,» sobre la democracia griega y particularmente sobre la romana. Y al fin se decidía á formular la conclusión, que consistía en la adopción de un senadoconsulto que restableciese la dignidad imperial en favor de Luis Napoleón Bonaparte y de su descendencia. Este senadoconsulto, sin embargo, no había de producir pleno efecto hasta después de ratificado por el sufragio universal (1).

Terminada la lectura de la ponencia, procedióse inmediatamente á la votación, siendo la proposición aprobada por 86 de los 87 senadores que había en la cámara: sólo uno se abstuvo, el Sr. Vieillard, preceptor que había sido del príncipe. Quizás inveteradas repugnancias le vedaron contribuir á una restauración de la monarquía; acaso también, conociendo como conocía á su antiguo alumno, había adivinado en éste esas peligrosas ligerezas, esas obstinaciones acompañadas de indecisión que habían de hacer de él, á pesar de sus grandes cualidades, un soberano funesto.

Por mucho que se abreviaran los trámites, aún parecían éstos demasiado largos á los cortesanos. Todos los cuerpos del Estado, rivalizando en celo y en énfasis laudatorio, multiplicaban sus representaciones. *El Imperio es la paz*, había dicho el presidente en Burdeos; y la frase había hecho fortuna y era repetida en todas partes. Los periódicos oficiales no cesaban de publicar detalles sobre los individuos de la familia Bonaparte, dispersos desde hacía mucho tiempo en el extranjero y completamente desconocidos en Francia, excepción hecha del rey Jerónimo y de su hijo. Entretanto, convocábase á la nación para que acudiera á los comicios en los días 20 y 21 de noviembre, y era preciso, para el honor del nuevo reinado, que no empañara la menor sombra el éxito. El *Monitor* se esforzaba más que nunca en combatir los rumores de toda clase que seguían circulando, sin que se pudiera saber con certeza el origen de los mismos, y ora desmentía la noticia de nuevos impuestos, ora procuraba tranquilizar á los empleados ministeriales, alarmados respecto de la propiedad de sus cargos, y recordaba además las penas severas con que se castigaba la propagación de noticias falsas, aun siendo publicadas de buena fe. En cuanto á los prefectos, todos querían que su departamento fuese el primero: unos, haciendo esperar indultos tan amplios que casi serían una amnistía, se dedicaban á atraerse á las mismas familias de los proscritos; otros, especulando con el nombre de Napoleón, se esforzaban en excitar la fibra patriótica; otros, como el del Alto Garona, anunciaban ya que los resultados de las votaciones se grabarían en bronce y mármoles; y todos combatían la abstención, único peligro que era de temer. A los esfuerzos de los prefectos juntábanse en muchos sitios los de los obispos, y hoy produce en nuestro ánimo cierta confusión la lectura de las pastorales de esos graves personajes, que no encuentran en los Libros Sagrados tér-

(1) *Procès-verbaux du Sénat*, 1852, tomo II, págs. 27 y siguientes.

minos bastante expresivos para alabar «al hombre de la diestra de Dios, al instrumento de las bondades de la Providencia (2),» y que se declaraban plenamente tranquilos respecto del porvenir. Según uno de ellos, las palabras de Luis Napoleón eran «quizás las más hermosas que jamás hubiesen salido de los labios de un príncipe cristiano (3).» Algunos, sin embargo, mostrábanse más reservados en sus pronósticos ó menos fogosos en sus admiraciones; por ejemplo, Monseñor Dupanloup, quien publicaba por aquel mismo tiempo una previsora pastoral sobre la *Libertad de la Iglesia*.

El estado de la opinión y el rigor de las leyes no permitían en Francia que se afirmaran las minorías republicana ó realista. En el extranjero, los refugiados revolucionarios y socialistas, protegidos por la libertad del destierro, denunciaron con anticipación y en términos de violencia extraordinaria la prueba suprema en que iba á sucumbir la República. El *Comité revolucionario* de Londres excitaba á todos los demócratas á que «estuvieran dispuestos á todo y en cualquier instante, á que conspiraran con valor y prudencia y á que no se dejaran sorprender como el 2 de diciembre.» «Estad siempre apercebidos á alzaros y á herir, decían los delegados de la sociedad *La Revolución*; enfrente de un tirano y de un asesino, este es el único deber que debe cumplirse.» En cuanto á los proscritos refugiados en Jersey, sus resentimientos habían sido sintetizados por Víctor Hugo en una sola frase: «Todo ciudadano digno de este nombre no tiene que hacer más que una cosa, cargar su fusil y esperar.»

Mientras los vencidos del golpe de Estado exhalaban de este modo su impotente rabia, el conde de Chambord, en un manifiesto de muy distinto carácter, proclamaba el derecho monárquico é invocaba la antigua fe de los legitimistas, un tanto deslumbrados por la fortuna del nuevo Imperio. El lenguaje del augusto desterrado era firme, sin cólera y sin ilusiones, cosa muy rara esta última tratándose de los realistas. «Ignoro, decía con una emoción algo descorazonada, si me será dado volver á ver algún día mi patria; pero estoy segurísimo de que no tendrá que echarme en cara ni una palabra, ni un acto atentatorio á su prosperidad y á su reposo...» Con severidad que entonces pareció excesiva condenó el nuevo régimen: «No os abandonéis á ilusiones que tarde ó temprano os serán funestas: el nuevo Imperio que se os propone no podrá ser la monarquía templada y duradera... Se engañan y os engañan; el genio y la gloria de Napoleón no pudieron fundar nada estable, y menos podrían hacerlo su nombre y su recuerdo, que no se restablece la seguridad destruyendo el principio sobre que se asienta el trono.» El final del manifiesto hallábase impregnado de una tristeza serena y grandiosa: «Cualesquiera que sean los designios de Dios sobre vosotros y sobre mí, yo, jefe actual de la antigua raza de vuestros reyes, heredero de esa larga serie de monarcas que durante tantos siglos han acrecentado incesantemente y hecho respetar el poderío de Francia, estoy obligado conmigo mismo, con mi familia y con mi patria, á protestar en alta voz contra combinaciones falaces y llenas de peligros. Mantengo, por consiguiente,

(2) Carta pastoral del obispo de Saint-Flour.

(3) Carta del obispo de Nancy.

te, mi derecho, que es la más segura garantía de los vuestros, y poniendo á Dios por testigo, declaro á Francia y al mundo que, fiel á las leyes del reino y á las tradiciones de mis antepasados, conservaré religiosamente, mientras viva, el depósito de la monarquía hereditaria cuya custodia me ha confiado la Providencia y que es el único puerto de salvación en donde, después de tantas tempestades, esa Francia, objeto de nuestro amor, podrá al fin encontrar el reposo y la felicidad.»

Así hablaba el conde de Chambord. El *Monitor*, que con desdeñosa imparcialidad había reproducido las proclamas de los jefes socialistas, consideró conveniente publicar también, acompañándolo con algunos cortesales lamentos, el manifiesto de Frohsdorf: no parecía sino que el gobierno, convencido de su fuerza, quisiera ofrecer por sí mismo á los ojos del país todas las piezas del pleito que iba á fallarse. Mas esta generosidad no era tal que pudiera contarse del todo con ella; en efecto, Luis Napoleón, que publicaba estos documentos, se guardaba bien de consentir que se propagaran, así es que, habiéndose distribuido en algunos departamentos del Oeste la proclama del conde de Chambord, se ordenaron pesquisas, secuestráronse los ejemplares y se detuvo á los repartidores.

De este modo se llegó al 21 de noviembre. El Cuerpo legislativo, que había sido convocado para el día 25 á fin de proceder al recuento de votos, se reunió, aunque no sin algunos incidentes. Dos diputados legitimistas, los señores de Kerdrel y de Calvies, resignaron su mandato para no asociarse á la fundación del Imperio; el Sr. Bucher de Chauvigné solicitó por el mismo motivo no tomar parte en los trabajos de la legislatura; y el Sr. Bouhier de l'Ecluse, también realista, se limitó á presentar la protesta de un elector aislado del Mosela (1). Pero en medio del gran acontecimiento que absorbía todos los pensamientos, estas manifestaciones pasaron inadvertidas. El día 1.º de diciembre el Cuerpo legislativo proclamó el resultado del escrutinio: los votos afirmativos eran 7.824.129; los negativos 253.145; las abstenciones se elevaban á la cifra considerable de 2.062.798. Estas últimas habían sido numerosas sobre todo en ciertas regiones, tales como la Vendea, el Maine y Loira y sobre todo el Morbihán, muy afectas á la opinión realista (2). Lo mismo sucedió en las Bocas del Ródano, en el Ródano y en el Gironda, departamentos populosos en donde el partido republicano había conservado una parte de su influencia (3). En resumen, el resultado era más favorable aún que el del plebiscito que siguió al golpe de Estado: desde el mes de diciembre de 1851 los partidos hostiles habían perdido cerca de cuatrocientos mil votos; en cambio Luis Napoleón había ganado un número de sufragios casi igual, ya porque el éxito hubiese sido contagioso, ya porque las declaraciones prudentes y moderadas del príncipe hubiesen determinado nuevas adhesiones.

Sólo faltaba depositar á los pies del soberano el ho-

(1) También presentó su dimisión, pero algo después, al abrirse la legislatura de 1853.

(2) Las abstenciones fueron del 38 por 100 en el Maine y Loira, del 40 por 100 en la Vendea y de 42 por 100 en el Morbihán.

(3) Las abstenciones fueron del 20 por 100 en el Ródano, del 32 por 100 en la Gironda y llegaron al 47 por 100 en las Bocas del Ródano.

menaje de la nación y saludarle con el título de emperador. El día 1.º de diciembre, al anochecer y después de terminado el recuento, los senadores, los diputados, los consejeros de Estado se dirigieron á Saint-Cloud en carrozas de gala y precedidos de jinetes con hachones encendidos, y una vez allí, el Sr. Mesnard, vicepresidente del Senado, cumplimentó al nuevo monarca con frases sencillas, graves y dignas. El Sr. Billaut, presidente del Cuerpo legislativo, como les pasa á todos los liberales que han dejado de serlo, no supo encerrarse en iguales prudentes términos é incurrió en el defecto de adulación: «Francia se entrega á vos por entero,» dijo, y esta humildad produjo mal efecto aun en un tiempo en que la alabanza excesiva era cosa corriente. Napoleón III (porque ya desde ahora debe dársele este nombre que llevará en la historia) dejó traslucir en su respuesta esa emoción comunicativa que inspira así la felicidad extremada como la extremada adversidad; afirmó, no sin cierta complacencia, que su reinado no tenía por origen, como tantos otros, la violencia y la astucia; habló de su gratitud hacia la nación, y con una modestia que impresionó muy favorablemente, hizo un llamamiento «á los hombres independientes para que le ayudaran con sus consejos y redujeran su autoridad á límites justos, en caso de que se saliese de ellos.» Rindió, con habilidad suma, un doble homenaje á las dinastías, sus antecesoras, y al sufragio universal, de donde se derivaba su autoridad: «No sólo reconozco los gobiernos que me han precedido, sino que heredo en cierto modo lo bueno ó malo que han hecho... Mi reinado no data de 1815, sino de este momento en que venís á comunicarme la voluntad de la nación.» El discurso imperial terminó con estas nobles palabras: «Ayudadme, señores, decía el soberano, á fundar un gobierno estable que tenga por base la religión, la probidad, la justicia y el amor de las clases que sufren.»

El Imperio estaba oficialmente restablecido. Terminada la ceremonia, senadores, diputados y consejeros de Estado regresaron á París, acariciando en su mente toda suerte de proyectos ambiciosos y asombrados de la fortuna del príncipe y de la suya propia. Y sin embargo, á un gran número de ellos tanta prosperidad les sugería ideas retrospectivas un tanto sombrías: muchos habían visto, durante su larga carrera, no pocas fiestas análogas, y en Saint-Cloud como en las Tullerías habían renovado á tres sucesivas dinastías iguales promesas de perpetuidad; éstos sentían que los recuerdos que se despertaban en su memoria podían más que las esperanzas que nacían en su corazón, y en presencia del espectáculo de aquel día inclinábanse, según su carácter, á la melancolía ó al escepticismo. Muchos, sin duda, mientras su carruaje caminaba en aquella brumosa noche, trataron de echar el horóscopo del reinado y calcularon, en la soledad de sus pensamientos, la duración de los esplendores y la hora de la caída del mismo. ¡Trabajo inútil! ¿Quién, aun entre los menos confiados, habría podido imaginar en el porvenir lejano otra cosa que una desgracia repentina, un destierro imprevisto, como en 29 de julio de 1830 y en 24 de febrero de 1848? ¿Quién habría podido resistir un solo instante, en caso de habérsele aparecido, la visión, aun parcial ó debilitada, de lo que diez y ocho años después, casi día por día, había de ser una realidad: aquel

palacio de Saint-Cloud, hoy iluminado por los últimos resplandores de la fiesta que termina y entonces alumbrado por el incendio que lo consume; aquel puente sobre el Sena que el suntuoso cortejo de 1852 atraviesa en medio de algunos pacíficos curiosos y entonces puesto avanzado contra el enemigo; aquel bosque de Boloña que la gente se dispone á adornar para las decoraciones de la paz y entonces animado por todos los ruidos de la guerra; aquel París adonde regresa la comitiva y cuyas luces se distinguen á lo largo del río y en las colinas, y entonces envuelto en sombras y agitando sin esperanza dentro del círculo que lo aprisiona? ¿Quién no habría alejado de sí aquel sueño como una pesadilla producida por la fiebre y no habría considerado impío é insensato prolongarlo ó creer en él? Dios, sólo Dios tenía en sus manos el hilo de aquel reinado, uno de los más extraordinarios que registra la historia, y ese hilo era invisible para todos, hasta para aquellos á quienes el rencor ó el odio hacía más perspicaces.

*Futuri temporis exitum
Caliginosa nocte premit Deus.*

IV

El día 2 de diciembre Napoleón hizo su entrada en París: sea por superstición ó por cálculo, sea por deseo de impresionar á las masas ó con el propósito de retar á sus adversarios, el emperador había escogido la fecha del golpe de Estado para inaugurar su dignidad suprema. Los días siguientes se dedicaron á esos cuidados múltiples, anejos á todo nuevo reinado. Fiel á la costumbre de los antiguos reyes y aun más á las inspiraciones de su excelente corte, el primer pensamiento del emperador fué para los desgraciados, y sus primeras visitas para el Hospital y el Val-de-Grace. Concediéronse amnistías para la mayor parte de delitos especiales, y de los criminales de derecho común muchos obtuvieron la remisión ó la rebaja de su pena. Los condenados políticos de 1848 estaban en su mayoría detenidos en Belle-Ile, y desde hacía mucho tiempo el público no se acordaba de ellos; pero la clemencia imperial, menos olvidadiza, alcanzó á muchos de esos infelices, más ofuscados que culpables. Un día el *Monitor* anunció que Sobrier había sido puesto en libertad; pero ¿quién era Sobrier? ¿Quién se acordaba aún de él? ¿Acaso los amotinados de 1848 no eran como los actores pasados de moda de una comedia silbada hacía mucho tiempo? De otros vencidos de la política se preocupaba más la opinión, aunque sin apasionarse gran cosa por ellos; las gentes, en efecto, se preguntaban cuál sería la suerte de los desterrados del golpe de Estado. El *Monitor* del 9 de diciembre se encargó de contestar á este pensamiento, anunciando que todos los que estaban en el destierro, salvo contadas excepciones, quedarían autorizados para volver á Francia, bien que bajo la condición de reconocer el gobierno establecido, restricción que, aun siendo perfectamente lógica, había de imposibilitar ó dificultar el regreso á muchos. La prensa tuvo también su parte de la indulgencia general: todas las amonestaciones dictadas hasta entonces fueron anuladas, y los periodistas respiraron, pero su satisfacción

duró poco, ya que si la administración rompió el antiguo cuaderno de las penitencias fué para comenzar en seguida otro nuevo.

Napoleón III, generoso para con sus adversarios, fué después de la proclamación del Imperio, como lo había sido después del golpe de Estado, pródigo con sus amigos. Los generales Saint-Arnaud y Magnán, nombres famosos desde el 2 de diciembre, fueron nombrados mariscales de Francia, y el general Castellane, jefe enérgico del ejército de Lyon, fué elevado á la misma dignidad; restableciéronse los cuadros de la segunda sección del estado mayor general que habían sido suprimidos en 1848; y en cuanto á las promociones de generales y coroneles, fueron innumerables. No menos mercedes se dispensaron entre los paisanos: el Sr. de Morny fué nombrado gran cruz de la Legión de Honor y el señor Walewski gran oficial de la misma orden. La organización de los cargos de corte había de proporcionar nueva ocasión para satisfacer las ambiciones ó para recompensar las lealtades; y por último plúgole al soberano asegurar á los senadores emolumentos á la altura de su rango. Según la Constitución de 14 de enero, esas elevadas funciones eran gratuitas en principio y sólo como excepción podía el jefe del Estado señalarles una indemnización pecuniaria; pero esta excepción no tardó en generalizarse, recibiendo unos senadores 15.000 francos, otros 20.000 y algunos hasta 30.000. El emperador creyó conveniente legalizar esta situación incierta y asegurar á todos lo que percibían los más favorecidos, con lo cual, al fin y al cabo, no hacía más que corresponder á lo que por él hiciera el Senado que, no menos pródigo con el soberano, acababa de aumentar, por virtud de un senadoconsulto de 12 de diciembre, desde doce hasta veinticinco millones la lista civil imperial.

El emperador pidió al Senado otra prueba de complacencia, más sensible que la anterior. La independencia del Cuerpo legislativo durante la última legislatura le había dejado un recuerdo penoso, casi amargo, y todavía le parecía escuchar las palabras acerbas del señor de Montalembert; las mismas críticas, más embozadas, del Sr. de Chasseloup-Laubat habíanle de tal manera mortificado, que habiéndose presentado éste poco después candidato al Consejo general del Charente, había sido combatido por la administración. Aparte de esto, temíase en las regiones oficiales que, á pretexto de las discusiones del presupuesto, se volviese como en otro tiempo á la política. Así es que, apenas sentado en el trono, quiso el nuevo soberano castigar aquellos modestos ensayos de emancipación, y como las reformas constitucionales incumbían á la Alta Cámara, el día 6 de diciembre presentóse en el Luxemburgo un proyecto de senadoconsulto redactado en aquel sentido.

Ese proyecto disminuía en tres puntos importantes las atribuciones ya tan restringidas del poder legislativo. En primer lugar, el emperador había querido determinar su derecho en materia de tratados de comercio, y lo determinaba de una manera completamente leonina. El artículo 6.º de la Constitución decía: «El presidente de la República es jefe del Estado y hace los tratados de paz, de alianza y de comercio;» mas, á pesar de estos términos generales, eran muchos los que creían que toda modificación de las tarifas había de ser sometida á la intervención de la Cámara, y durante la última legis-